

Corrupción

Todo Depende del Color...

—POR LORENZO MEYER—

AL iniciar mi contribución en este diario, creo prudente poner al lector sobre aviso en relación a dos cosas: en primer lugar, que mis reflexiones sobre la realidad van a estar coloreadas por la manera en que me gano la vida, como investigador y profesor en una institución académica. En segundo lugar, que mi punto de vista es, para bien o para mal, muy personal, ya que no me encuentro ligado formalmente a ningún partido o corriente política.

Dicho lo anterior, permítaseme pasar al tema que hoy me propongo tratar: la corrupción imperante en el sector público. De antemano admito que el tema está lejos de ser original pero es uno que me ha obsesionado por años. Los dirigentes del equipo político que asumirá el poder en México a fines de este año han tomado como una bandera central el combate contra de este fenómeno. Se proponen nada menos que renovarnos moralmente en tanto que colectividad. ¡Menuda tarea se han echado a cuestas!

De los grandes problemas que afectan a México, la corrupción no es quizá el más importante, aunque no hay duda que está íntimamente ligado a los que encabezarían cualquier lista de prioridades, como serían el autoritarismo de nuestra "democracia", la impresionante desigualdad social, la ineficiencia de una buena parte de nuestro sistema productivo, la concentración urbana, etc., por sólo mencionar algunos.

EN cualquier caso, todo el capital político que el próximo gobierno pueda ganar en este terreno, lo va a necesitar, pues la legitimidad del sistema posrevolucionario se está viendo disminuida desde hace años.

La corrupción del poder es un tema tan viejo como la política misma. Le es congénito. Maquiavelo, sin embargo, le descubrió algunas virtudes. Bien empleada por el príncipe, la corrupción le puede ser de gran utilidad para el logro de sus fines. Así pues, la corrupción puesta al servicio no del mero enriquecimiento personal, sino de la efectividad política, es, según parece, un instrumento muy usado por el estadista.

En tiempos más recientes, los teóricos de la administración pública que han examinado sistemas como los que imperan en Indonesia o Filipinas —y creo que el nuestro, desafortunadamente, no desentona entre ese grupo— han llegado a la conclusión de que, en cierto sentido, la corrupción puede desempeñar un papel positivo en este campo, pues permite discriminar en favor del importante.

En medio de una burocracia lenta e ineficiente, el soborno puede servir para que, por ejemplo, los permisos de importación se den sin tardanza innecesaria a los grandes industriales que los necesitan, o para que las minorías discriminadas pero ricas y estratégicas, (como los chinos en ciertos países del sudeste asiático) puedan seguir desempeñando sus necesarias actividades empresariales. En fin, el lector puede imaginar otros muchos ejemplos similares.

★

ES difícil desdeñar los argumentos de Maquiavelo y sus herederos, pero el cuadro no quedaría completo si a su lado no se coloca el precio que obviamente se paga en una sociedad cuando la corrupción pública en vez de ser la excepción es la regla. Este precio incluye no sólo la deslegitimización del poder, sino la destrucción de los posibles vínculos de solidaridad social. Esto es particularmente peligroso para México.

A diferencia de otros países, en el sentido generalizado de pertenencia a una comunidad nacional no antecedió a la formación del Estado, sino todo lo contrario; primero surgieron las estructuras políticas y después, penosamente, y en un proceso quizá aún inconcluso, se intentó arraigar en las mayorías el

Corrupción

Segue de la pagina seis

sentido de pertenencia a este país que llamamos México.

9-49-52.
No es posible esperar la aceptación voluntaria de ningún sacrificio individual en aras del llamado "interés general", cuando individualmente la mayoría de los mexicanos nos sentimos engañados, usados, manipulados y en última instancia vejados, por la corrupción de nuestros líderes políticos.

La arbitrariedad en el uso del poder —sea su expresión el cierre innecesario de una transitada vía pública para que pase tranquilamente el "gran personaje" o su enorme fortuna acumulada mientras ocupó cargo público— es el gran disolvente de cualquier vestigio de solidaridad colectiva que pudiera haber surgido y prosperado en México. Si esto es un grave problema en tiempos normales, más lo es en los momentos de crisis. Moralismos aparte, un maquiavelismo bien entendido requiere de una actitud más responsable de parte de quienes tienen el privilegio de dirigir —no estoy seguro en cuanto a su derecho— nuestra vida política.